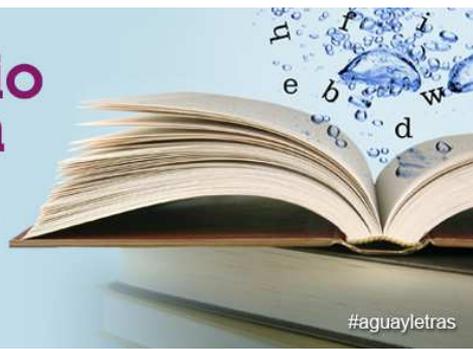


IX Certamen Literario del Agua de Emasesa

Plazo de admisión de obras hasta el 31 de Marzo de 2017

Consulta las bases del certamen



#aguayletras

IX CERTAMEN LITERARIO DEL AGUA

OBRAS GANADORAS

Modalidad Cuento Infantil

Primer Premio: “Como el sol y como el viento”.....pág. 2

Autora: Sol García de Herreros Madueño

Segundo Premio : “El duende de las aguas”.....pág. 6

Autor: Joaquín Pérez Ferri

Modalidad Relato Corto

Primer Premio: “El sueño del grifo”.....pág.12

Autor: David González López

Segundo Premio: “Ya”pág. 20

Autor: Javier Vázquez Losada

COMO EL SOL Y COMO EL VIENTO

El forastero llegó al pueblo una tarde soleada de primavera. Había recorrido un largo camino, sus ropas estaban polvorientas y su caballo cansado.

Junto a las primeras casas del pueblo, a un lado del sendero, encontró una fuente. Transparente y helada, así parecía el agua que brotaba de la misma roca. El hombre estaba sediento y al verla detuvo en seco su galope. Cuando ya desmontaba, un campesino, que volvía de su huerto cargado de espárragos y fresas, se dirigió a él.

-Oiga, oiga ¿dónde va usted?-le preguntó, amenazante.

-Pues a beber-contestó decidido el forastero.

Un guardia que había aparecido de no se sabe dónde, se interpuso entonces en su camino.

-Buenas tardes, caballero. No puede usted beber aquí- afirmó tajante.

-Si en el pueblo no has nacido, beber agua está prohibido-recitó entonces el poeta desde su balcón.

El poeta vivía en la casa de enfrente. Pasaba los días mirando el campo y las montañas y oyendo el ruido del agua.

-Solo desde mi balcón consigo la inspiración-solía repetir.

El forastero pareció sorprendido.

-¿Y por qué no pueden beber los de fuera, si puede saberse? ¿Acaso es mala esta agua?

-Qué va, si es buenísima-dijo el guardia.

-Buenísima, pero es nuestra- respondió entonces el alcalde, que había llegado desde el ayuntamiento a la carrera.

-¡Pero si el agua no es de nadie! – exclamó el hombre, cada vez más estupefacto - El agua es como el tiempo o la luna. Es de todos, pero no es de nadie.

-Eso lo dirá usted, señor mío- dijo el alcalde-. La fuente es nuestra, el agua es nuestra y no hay más que hablar.

Ya se iban juntando allí muchos vecinos y todos aplaudieron a su alcalde. Pero el forastero era un tipo valiente y no le importaba defender sus ideas contra todos cuando creía tener razón. Por eso pasó largo rato intentando convencerles de que estaban equivocados.

Al final, al ver que no lo conseguía, probó de otra manera.

-Y si fuera suya ¿no nos dejarían beber a mi caballo y a mí? Llevamos muchas leguas de viaje- pidió humildemente.

-Huy, mire que nos gustaría-dijo entonces el alcalde, con un tono más amable- . Pero si se lo permitimos a usted, tendremos que darle de nuestra agua a todo el que lo pida, y poco a poco nos quedaremos sin nada. Y ¿qué clase de alcalde sería yo, si dejara a mis vecinos sin agua?

-Si a todos vamos a dar, el agua se va a acabar- terció el poeta desde su balcón.

-Pero, hombre de Dios, ¿cuánta gente va a venir hasta aquí para beber?- insistió el viajero.

Tenía razón: el pueblo no estaba en una ruta muy transitada. Pasaban meses sin que apareciera por allí nadie de fuera.

Pese a ello, el alcalde y los vecinos siguieron en sus trece. Como ya sabemos, el forastero era valiente y discutidor, pero también era inteligente. Sabía que un hombre solo no tiene muchas posibilidades contra todo un pueblo, así que decidió proseguir su viaje. Ya encontraría un manantial cercano.

-No volveré nunca por aquí, este es un pueblo egoísta y mezquino- gritó enfadado, espoleando a su caballo.

-Sí, sí, pero el agua es nuestra- gritaron todos, como quien oye llover.

Ocurrió que en los días siguientes al guardia le pareció que salía menos agua de la fuente, al campesino se le secó parte de la cosecha y el poeta se quedó sin inspiración.

Como tenían mala conciencia, empezaron a imaginar que tal vez aquel forastero les había echado un maleficio.

"A ver si el hombre, en su enojo, nos ha echado mal de ojo", se dijo para sí el poeta, que hasta pensaba con rima.

Nada más lejos de la realidad. El forastero no se dedicaba a esas tonterías ni creía en ellas. Simplemente, hacía ya mucho tiempo que no llovía. Los campos de labor estaban más secos y empezaban a escasear también las aguas subterráneas que alimentaban el manantial de la fuente. Y con respecto al poeta y su inspiración, a aquel poeta no le hacía falta maldición alguna para que no se le ocurriera nada.

Semanas más tarde, el pueblo se despertó sobresaltado.

Centenares de guerreros armados hasta los dientes se divisaban en la lejanía. El pueblo era pacífico, no tenían nada que hacer contra aquel ejército impresionante. Toda su defensa consistía en un guardia, al que le quedaban dos meses para jubilarse, armado con una porra.

Cuando se acercaron, el mariscal que guiaba las tropas se adelantó y les explicó que venían en son de paz.

-No tenemos nada contra vosotros- gritó-, solo estamos de paso. Eso sí, mis hombres y sus caballos necesitan beber.

-Si en el pueblo no has nacido, beber...-empezó el poeta su retahíla, pero el alcalde no le dejó terminar:

-Por supuesto, señor. Beban, beban. Ya verán que agua tan clara y tan y fresca. Y si necesitan también vino o víveres, no duden que estaremos encantados en obsequiarles.

-No es necesario, gracias-respondió secamente el mariscal, a quien no le gustaba la gente tan servil-. Con el agua basta.

Bebieron los trescientos caballos, y los trescientos soldados rellenaron sus cantimploras y bebieron también. Sorbos largos, sorbos de hombre cansado y sediento.

Cuando acabaron y se fueron, el pueblo se quedó largo rato en silencio. Algunos se acordaron entonces de aquel forastero de semanas atrás. Un solo hombre que les había pedido agua.

Con sus días cálidos y largos y sin que cayera ni una sola gota, el verano siguió adelante. Un mediodía de agosto, el guardia se encontró a un niño desconocido. Dijo que venía de detrás de las montañas. Su madre había muerto y unos tíos le esperaban en un pueblo cercano. Estaba acalorado y agotado, y en cuanto vio la fuente se dirigió hacia ella corriendo.

-Un momento, jovencito. ¡Dónde crees que vas?- dijo el guardia sujetándole.

El niño se volvió y le miró sin entender.

-Lo siento, pero no puedes beber de la fuente porque no eres de aquí- le explicó el guardia, intentando no ser muy antipático.

-Beberás en tu destino, te queda poco camino- lanzó su ripio el poeta, que observaba la escena desde su balcón.

El niño tenía unos ojos muy grandes y muy negros que abrió de par en par al oír aquello.

-¿Y por qué no puedo beber aquí?- preguntó desconcertado.

-Porque el agua es nuestra. Parece que va a ser necesario poner un cartel-dijo el alcalde, que parecía haber recuperado su autoridad después de la visita de los guerreros..

-¡El agua no es de nadie!-se echó a reír el niño, como si le estuvieran gastando una broma-. El agua es como el sol y como el viento...

"Como el sol y como el viento, qué hermoso razonamiento", pensó el poeta.

Pero el alcalde no se dejó convencer tan fácilmente.

-Pues ya ves, chaval, esta es nuestra. Además, hace unos días tuvimos que dar de beber a un montón de hombres y ya parece que nos va quedando poca.

-¿Y por qué les disteis a ellos y a mí no?-preguntó el niño, sorprendido.

El alcalde se dio cuenta de que había metido la pata. Se hizo entonces un silencio incómodo, porque todos sabían la razón, pero nadie la quería decir.

-Es que ellos eran muchos y eran guerreros, y tú no- dijo una niña del pueblo.

Ya se sabe quiénes son al final los que dicen las verdades.

-Ah- pareció comprender entonces el pequeño viajero-. Pues sabed que a mí también debéis dejarme beber. Yo no tengo armas, pero tengo una cosa mucho más importante.

Lo dijo con tanta decisión que todos se miraron un poco asustados, pero nadie se atrevió a preguntar. El guardia fue corriendo a ojear los alrededores, por si se veía algún ejército o alguien que pudiera defender al chaval. No había nadie.

-A mí me da mala espina, yo creo que este chico debe de ser mago o brujo- murmuró una vecina.

-A ver si nos va a echar otra maldición...- cuchichearon el alcalde y el campesino.

-No pide un lago, ni un río. ¡Solo un trago, el pobre crío!- gritó entonces el poeta, que empezaba a comprender lo absurdo y egoísta de aquella situación.

La gente se revolvió inquieta. Dudaban.

-Está bien, bebe, bebe. Que no se diga que no somos un pueblo hospitalario- masculló al final el alcalde entre dientes.

Y el chaval bebió.

Un sorbo largo, de niño que se ha dado una caminata o lleva jugando al sol toda la tarde con sus amigos.

-Aaaaah, qué rica, muchas gracias-.dijo después muy educado, y siguió su camino entre los vecinos, que le miraban todavía con temor.

Cuando ya caminaba junto a las últimas casas del pueblo, la niña que le había dicho la verdad le preguntó, curiosa:

-Oye, ¿y qué es eso que tienes tú, por lo que te teníamos que dejar beber?

Fue entonces cuando la respuesta del niño de ojos grandes avergonzó al pueblo entero.

-Lo tenía, pero ya no lo tengo-dijo a gritos, ya alejándose-. Lo que tenía era sed. La razón más importante para que alguien te deba dar agua, es que tengas sed.

Durante toda la noche llovió mansamente. La huerta amaneció bien regada, el manantial volvió a correr con fuerza y el alcalde mandó poner junto a la fuente un cartel. Pero no era una prohibición, no, sino unos versos preciosos que escribió el poeta y que hablaban del viento, del sol, del agua y de la sed.

EL DUENDE DE LAS AGUAS

Me llamo Laura. Por aquel entonces yo tenía once años y residía junto a mis padres en Madrid, una ciudad muy grande y animada, con todo lo que uno pueda imaginar, pero sumida en el humo de la contaminación, plagada de tráfico y demasiado ruido. A mí lo que me gustaba de verdad era el campo. Esperaba con ganas a que llegasen las vacaciones de Navidad o las del verano para que mis padres me llevaran a un pequeño pueblo donde residía mi abuelo, un hombre ceñudo, de cabello blanco y cejas muy peludas, que habitaba solo en una masía.

Cada verano, mis padres me dejaban diez o doce días con el abuelo. Ellos continuaban camino hacia la playa, porque lo que más deseaban era ponerse morenos para presumir de bronceado. El abuelo me recibía con agrado, aunque lo disimulaba, pues era tan serio que no sabía ni sonreír. Me gustaba mucho aquella masía llena de rincones para explorar y animales por todas partes. Cuando estaba en el campo no echaba de menos nada de lo que tenía en la ciudad, como las amigas, los chicos, el ordenador, la tablet, el teléfono móvil o la televisión.

La mañana de verano en que salimos hacia el pueblo brillaba el sol y hacía buen tiempo. Yo iba en el asiento de atrás del coche que, como siempre, conducía papá, porque a mamá le da miedo. El abuelo residía solo junto a un perrito muy gracioso, al que yo le había puesto de nombre de Foxy, por el color de su pelaje dorado como el de un zorro. Cuando el perrito escuchó llegar el coche salió ladrando y moviendo la cola. El abuelo me abrazó contento por verme de nuevo, aunque no hubiera sonreído al recibirnos. Por eso yo pensé que antes de volver a Madrid le tenía que enseñar a sonreír.

En cuanto se marcharon papá y mamá, camino de la playa, el abuelo me pidió que le ayudase a preparar el almuerzo. Eso me divertía mucho, porque mamá nunca me dejaba cocinar. El abuelo había sido campesino durante toda su vida y ahora estaba jubilado. A mí me gustaba poder hacerle compañía, porque parecía muy triste, sobre todo desde que falleció la abuela, pero yo no me acuerdo.

Fue aquella misma tarde cuando, paseando con Foxy por los alrededores llegué frente a un enorme caserón lleno de ventanas, parecido a las mansiones que narran los cuentos de misterio. Una gran verja metálica daba paso al jardín con pinos y palmeras muy altas, pero todo tan seco y lleno de maleza que parecía una selva. Como era la hora de comer, regresé a casa y aplacé la exploración, aunque me moría de ganas por entrar allí.

Después de almorzar, y mientras el abuelo dormía la siesta, salí junto a Foxy hacia el misterioso caserón. Cuando llegamos, empujé con fuerza la verja, que se abrió con un quejido metálico, y atravesé la espesa capa de hojarasca seca que cubría el jardín. Al llegar frente al edificio encontré la puerta principal entornada y entramos. El

interior estaba oscuro, las ventanas y los cortinajes echados. Los muebles del primer piso aparecían cubiertos por sábanas blancas para protegerlos de la suciedad. Todas las habitaciones figuraban igual, como si el caserón llevase vacío mucho tiempo.

Pero de pronto, en uno de los pasillos del segundo piso, descubrí huellas de pies descalzos en la capa de polvo acumulada por el suelo.

--Vaya --murmuré dirigiéndome al perrito--, estas huellas parecen recientes.

¡Hola --levanté la voz--, ¿hay alguien?!

Como nadie contestaba, decidí subir la gran escalera de mármol blanco para curiosear en el tercer piso. El sol de la tarde penetraba por las celosías resquebrajadas, atravesando los cristales bastante sucios. Arriba en los áticos todo estaba mucho más oscuro y con las cortinas echadas. Encontré una sala grande, repleta de libros apilados en estanterías muy altas. Era, supuse, la biblioteca del caserón, decorada con muebles de aspecto valioso.

Descorrí la cortina del balcón que presidía la estancia y me asomé afuera, limpiando con la palma de la mano el cristal empañado de suciedad. Desde allí podía distinguir la parte trasera del jardín, donde figuraba un estanque circular lleno de agua muy sucia, cubierta de hojas y algas flotando. En el centro sobresalía una escultura de mármol imitando la figura de tres peces entrelazados por la cola y con las cabezas hacia abajo, por cuyas bocas antaño debió manar el agua contra la pilastra.

Como el sol de la tarde ya declinaba por entre las montañas, continué la exploración apresurándome, porque no quería que se me hiciera de noche. Debajo de una lámpara, tan sucia de polvo y telarañas como todo lo demás, figuraba un pesado butacón de cuero, junto a una mesa muy grande de madera llena de libros. Tomé asiento igual que si fuera una princesa en su trono, y al cabo de un rato me fui quedando dormida.

Me despertaron los ladridos de Foxy. Anocheceía y la biblioteca era un cúmulo de sombras. Me levanté del sillón adormecida, frotándome los ojos. Fui hasta el balcón para descorrer la cortina, porque todo estaba tan oscuro que no distinguía ni la puerta para salir. Entonces lo vi. Había un chico de pie junto al estanque, medio desnudo, que miraba la superficie del agua como si hubiera perdido algo dentro. De pronto, el chico levantó los ojos hacia el balcón y sonrió al verme. Yo saludé con la mano y le hice señas para decirle que me aguardase.

Corrí escaleras abajo seguida del perrito y cuando llegué al jardín, el chico estaba sentado en el estanque, balanceando los pies descalzos en la pilastra.

--Hola --saludé, sentándome a su lado--, ¿vives aquí?

--Sí.

Señalé hacia Foxy, que correteaba entre la maleza del jardín:

--Hemos entrado porque pensábamos que no había nadie.

--Vivo yo solo --dijo el chico, que parecía un poco triste.

--¿Y tus padres?

No le dio tiempo a contestar, porque justo en ese instante oímos la voz del abuelo, llamándome por el camino de la masía.

--¡Mi abuelo! --me levanté de un salto--, ahora tengo que irme. Se ha hecho muy tarde. Pero mañana vendré de nuevo, si te parece bien.

--Vale.

Por la noche yo no podía dejar de pensar en aquel chico tan pálido, que residía solo en un caserón abandonado junto al bosque. Me hubiera gustado contárselo al abuelo, pero estaba muy serio, igual que siempre. Mañana debía enseñarle a sonreír. Como ya era tarde, nos fuimos a dormir.

Al día siguiente, mientras desayunábamos en la cocina, le pedí que aprendiese a sonreír.

--¿Por qué? --gruñó.

--Para no asustar a la gente, que pareces un ogro.

--¿Gente? --repitió--, por aquí hace tiempo que no viene nadie.

Al acabar el desayuno le conduje de la mano frente al espejo del cuarto de baño y comencé a sonreír haciendo muecas de varias formas.

--¿Lo ves?, no es tan difícil. Ahora prueba tú.

El abuelo estuvo intentándolo un rato, pero le costaba mucho porque no tenía costumbre. Lo dejé practicando frente al espejo y me marché para visitar a mi nuevo amigo, seguida de Foxy. Cuando llegamos al caserón el chico estaba sentado junto al estanque, como si no se hubiera movido de allí en toda la noche.

--Hola --saludé, sentándome a su lado.

--Has vuelto --sonrió agradecido.

--Pues claro, te lo prometí.

El chico estaba contento por verme de nuevo, pero seguía teniendo los ojos tristes. No dejaba de mirar hacia el agua sucia del estanque, como si allí dentro hubiese perdido algo de gran valor. Me parecía extraño que alguien tan joven habitara solo en aquella mansión, pero no quise preguntar, pues no quería parecer indiscreta. Imaginaba que su familia se habría marchado de vacaciones y lo habían dejado solo, puede que castigado por haber cometido alguna travesura.

Como hacía calor, pasamos la mañana en la biblioteca ojeando antiguos libros con ilustraciones. De vez en cuando se asomaba por el balcón, mirando hacia el estanque, por donde revoloteaban las avispas y los moscardones.

No aguantaba más la curiosidad y pregunté:

--¿Por qué te interesa tanto esa fuente de piedra?

--Es un secreto --dijo, mirando hacia el estanque con tristeza.

--¿Me lo cuentas? --pregunté.

--Bueno, si quieres ven luego cuando anochezca.

--¿Tiene que ser por la noche?

--Sí, porque hoy habrá luna llena y entonces... --dejó la frase inacabada, mirando melancólico hacia el agua sucia de la pilastra.

Nos despedimos y corrí con Foxy hacia la masía. El abuelo había estado

haciendo los ejercicios frente al espejo y me sonrió un poco al llegar, aunque seguía muy serio. Puso la mesa y comimos, con Foxy a nuestro alrededor moviendo la cola para que le diésemos algo.

--Abuelo --confesé, porque no me gustaba engañar a los mayores--, vengo de visitar ese caserón tan grande que hay al final del sendero.

El abuelo levantó la vista del plato y comenzó a temblarle tanto la mano que se le cayó el tenedor.

--¿Qué pasa? --pregunté, desconcertada por la reacción.

--Ese lugar fue un famoso balneario --comenzó a evocar--, hace algunos años era uno de los más cotizados del país.

--¿Esa mansión es un balneario? --interrumpí.

--Lo era. Las aguas que manaban a su alrededor fueron muy famosas desde hace más de un siglo. Todo esto se llenaba con automóviles llegados desde toda España, en el jardín se celebraban fiestas y bailes con orquestas de gran renombre. Luego, después de la guerra, cuando ya no había humor para fiestas, las autoridades convirtieron el balneario en un hospital para enfermos de tuberculosis, una enfermedad contagiosa que se cura con aire puro y las aguas de montaña. Pero desde que lo cerraron hace unos años, la comarca quedó abandonada y ya nadie viene por aquí.

--¿Por qué lo cerraron?

--Un día dejó de manar el agua que alimentaba el balneario, el propietario del edificio cayó en la ruina, lo puso a la venta y se marchó a la ciudad --el abuelo me miró muy serio y añadió--, no quiero que te acerques por allí.

--¿Por qué? --yo estaba cada vez más intrigada.

--Escucha --el abuelo cambió de tono, como si le costara comentar aquello--, ese lugar está hechizado, dicen que se aparecen fantasmas. Los enfermos que murieron allí.

El abuelo ya no quiso seguir hablando y yo me quedé pensativa, cada vez más alucinada. Pasamos la tarde ordeñando a la cabra, echando de comer a los patos, a los conejos y recogiendo los huevos que ponían las gallinas en el cobertizo. Cuando se hizo la hora, cenamos juntos. Luego, después de leer un rato, nos fuimos a la cama. Foxy esperó tumbado en su mantita y luego vino a mi cuarto para ver si lo dejaba dormir junto a mí, como tenía por costumbre, pero me halló vestida y con una linterna en la mano. El perrito me miró extrañado, alzando las orejas a punto de ladrar.

--Chssss, no hagas ruido --susurré--, que no se despierte el abuelo.

Abrí la puerta sigilosa y salimos al aire fresco de la noche. Comencé a caminar por el sendero, seguida de Foxy, porque deseaba descubrir el misterio del balneario embrujado. Una gran luna llena reinaba sobre lo alto, muy grande y deslumbradora. Cuando llegamos a la verja cruzamos el jardín asilvestrado, entramos en el siniestro caserón y encendí la linterna para dirigirme hacia la biblioteca, pensando que allí me aguardaba mi amigo. Pero el chico no estaba. Dejé la linterna encendida sobre la mesa cubierta de libros y tomé asiento en el butacón de cuero, esperando a que llegara.

--Se habrá dormido --pensé.

Como pasaba el tiempo y el chico no venía, me levanté, cogí uno de los libros que reposaban sobre la mesa, cubiertos de polvo, y comencé a ojearlo alumbrándome con la linterna. Foxy se había dormido encima de una vieja cortina desprendida. El libro relataba la historia de un pastorcillo que pasaba las noches mirando el reflejo de la luna en la superficie del lago. Una noche surgió del agua una joven doncella muy hermosa, con cabellos de oro y ojos relucientes. Era un hada de los ríos y lagunas, que vigilaba desde hace miles de años para que las aguas fueran siempre buenas y abundantes, que nadie las malgastara.

--Vivo en las profundidades --dijo ella--, en un castillo sumergido iluminado por el reflejo de la luna, que a ti tanto te gusta.

Entonces el hada le tendió una flauta dorada y refulgente

--Toma --le dijo--, cuando quieras avisarme toca esto. Es una flauta mágica.

Y a partir de aquel entonces el pastorcillo pasaba los días hechizado por el hada. Una noche de luna llena quiso ver si aquello era verdad o lo había soñado. Se quitó la ropa y se arrojó al lago en busca del hada y su castillo. El agua era profunda y sintió que se hundía. Casi a punto de morir ahogado, tres peces muy grandes aparecieron subiendo de las profundidades y lo empujaron hacia la orilla, salvándolo de perecer. Pero en el intento había perdido la flauta mágica con la que llamar al hada de las aguas.

Con el paso del tiempo, aquella historia se convirtió en leyenda. Un día, los vecinos de la comarca pensaron en construir un balneario, porque las aguas que brotaban de la tierra tenían fama de curativas y relajantes. En el jardín del balneario construyeron un bonito estanque decorado con una escultura de mármol que reproducía la figura de los tres peces entrelazados por la cola y el pastorcillo con la flauta de oro, subido encima, convertido en el duende de las aguas.

En ese instante tuve un presentimiento, me levanté y corrí hacia el balcón. Aparté la cortina y me asomé fuera. La luna llena iluminaba todo el jardín con un resplandor plateado. Entonces vi al chico. Miraba con los ojos muy abiertos el reflejo luminoso de la luna en el agua sucia del estanque. De pronto, sin pensarlo, se tiró de cabeza y yo lancé un fuerte grito, llevándome las manos a la cara.

Corrí disparada escaleras abajo, pero cuando llegué a la parte trasera del jardín, el agua del estanque ya se había tragado al chico. Apresurada, busqué por todas partes el tapón que vaciaba la pilastra. Lo encontré por fin, arrancándolo de un fuerte tirón, mientras Foxy ladraba junto a la orilla. Un chorro de agua sucia y maloliente comenzó a brotar por el desagüe, anegando la maleza seca del jardín. Cuando quedó vacío del todo, en el fondo pestilente del estanque, hundida en el fango, encontré la flauta dorada perdida por el pastorcillo.

Y entonces lo comprendí: al perder la flauta para invocar al hada de las aguas toda la comarca se había quedado seca. Rescaté la flauta, la limpié con mi pañuelo y la

dejé con cuidado sobre la fuente de mármol, con los tres peces entrelazados por la cola que adornaban el estanque, porque ahora sabía que aquel niño era el duende de la fuente. Luego regresé a la masía junto al perrito y me dormí, feliz por haberle rescatado al chico su añorada flauta mágica.

Cuando desperté por la mañana, el abuelo hacía los ejercicios para sonreír frente al espejo. Mientras desayunábamos, el cielo había ido cubriéndose de nubes muy oscuras, como hace tiempo que no llegaban a la comarca. De repente, sonó un trueno muy fuerte y comenzó a llover. Una lluvia copiosa y limpia, que bañó de agua cristalina los campos y los pinares, llenando los manantiales, las fuentes y el estanque del balneario.

Cuatro días después llegaban papá y mamá de la playa para recogerme y regresar a Madrid. Venían muy morenos de pasar toda la semana tumbados al sol. Nos despedimos del abuelo, que sonreía muy feliz, y el coche arrancó hacia la capital. Mi padre conducía oyendo las noticias de la radio. Yo iba en el asiento de atrás, mirando muy contenta el verde paisaje por la ventanilla.

De pronto, al doblar una curva, lo vi. ¡Lo vi! Allí estaba el chico del estanque, de pie a un lado del camino, con la flauta en la mano, saludándome para despedirse. Le dije adiós agitando la mano.

--¿Se puede saber a quién saludas? --preguntó papá, mirándome de reojo a través del espejo retrovisor.

--A mi amigo el duende de las aguas --contesté satisfecha.

grifo

(...)

8. m. *Animal fabuloso, de medio cuerpo arriba águila, y de medio abajo león.*

9. m. *Llave colocada en la boca de las cañerías, en depósitos de líquidos, etc., a fin de regular el paso de estos.*

DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

EL SUEÑO DEL GRIFO

EL FORASTERO TENÍA UN MARCADO ACENTO BRITÁNICO Y UN PEQUEÑO DRAGÓN ALADO. En realidad la mascota del inglés, como llamaban en el pueblo a Thomas para distinguirlo de los gabachos, era un joven grifo de origen africano. Para un naturalista como él resultaba evidente solo con fijarse en el pico aguileño, las plumas doradas y la cola leonina del cachorro. Pero sus vecinas seguían refiriéndose al animal como un dragón desde que ambos aparecieran por aquel pueblecito, cercano a la costa andaluza, hacía ya casi un año.

Thomas había encontrado el extraño huevo, del tamaño del de un avestruz pero moteado como los de las codornices, en una de sus expediciones a El Cairo. El huevo, que para él era la piedra de Rosetta de las aves antediluvianas, podía haber pertenecido a distintas especies remotas que soportan bien el clima húmedo. Pero al eclosionar en el barco de vuelta a Londres, Thomas tuvo que rendirse a la evidencia y bajarse con el recién nacido en el primer puerto que pudo para procurarle al espécimen un hábitat confortable.

Y es que <<los grifos precisan de un clima más cálido que los dragones, especialmente en sus primeros meses de vida>>, como siempre le había recordado su amigo y mentor Erasmus, ya fallecido. Erasmus había inculcado a Thomas tanto su amor por el naturalismo como su afición por discurrir nuevos artilugios, si bien nunca quiso figurar junto a su pupilo en lo referente a las patentes, por miedo a que el pasatiempo de los inventos dañara su reputación como médico y mermara su clientela. El último invento en el que trabajaron juntos, poco antes de que Erasmus muriera, fue un sistema de rosca para controlar el flujo del agua en las cañerías. Y lo cierto es que estaba teniendo bastante éxito en numerosas fábricas de Inglaterra, amén de ahorrarle a la Madre Naturaleza la contaminación innecesaria de su líquido elemento.

También junto a Erasmus, Thomas había pisado por primera vez el sur de España. A finales del siglo pasado y en el otro extremo de la región andaluza, maestro y alumno aventajado se patearon toda Sierra Nevada hasta dar con dos ejemplares de mono careto, que acabaron regalando al gobernador de Gibraltar, nada más que por librarse de la voracidad con que aquellos primates terminaron con sus viandas y su paciencia. <<Dice un antiguo tratado

sirio que los grifos son animales dóciles y frugales. Si algún día das con uno, asegúrate de ello antes de llevarlo contigo>>, le aconsejó Erasmus, al abandonar el Peñón y tirar por la borda un ejemplar de *The careto monkey and other beautiful species from southern Europe*.

DOÑA JUSTA ERA LA ARRENDADORA DE LA CASITA DONDE THOMAS SE HABÍA INSTALADO provisionalmente, hasta que el grifo terminara de crecer fuerte y sano. Vivían una enfrente del otro, a las afueras del pueblo, junto a un olivar por donde el inglés solía dar largos paseos, siempre con los quevedos sobre su nariz, su libro de bolsillo debajo del brazo y un lapicero detrás de su oreja derecha, por si se le ocurría alguna idea o veía algún espécimen que bocetar a pie de campo. Entre la casa principal y la casita de Thomas, mediaba una explanada de tierra prensada con un pozo de piedra en el centro, donde cada mañana se saludaban la anciana y el forastero, cuando iban a recoger agua para sus quehaceres diarios.

—Es nuestro, míster Zomas—, le recordaba su casera, cada vez que salía el tema del Peñón de Gibraltar—. Ustedes nos lo arrebataron, ea.

—Es solo una roca. No se fatigue, doña Justa—, contestaba Thomas, más interesado en los portentos de la biología que en la reciente guerra anglo-española, la ocupación francesa de la península ibérica o las teorías plutonistas sobre la formación de la Tierra de sus colegas escoceses.

—Cómo no voy a fatigarme. Si todos los días he de sacar agua de este pozo, y mis brazos cada vez son más torpes y débiles—, se lamentaba doña Justa mientras tiraba de la carrucha para subir el cubo lleno de agua.

—Deje que la ayude—, dijo Thomas, quitándole la cuerda a doña Justa para dar el último tirón al cubo.

—Pronto podrá hacerlo ella—, reflexionó la mujer, mientras se secaba con la manga el sudor de la frente y observaba lo alta que empezaba a ser la niña.

Era frecuente que alrededor de las faldas de doña Justa correteara Macarena, su nieta de seis años, que había perdido a su madre en el parto y a su padre en el combate de Cartagena. La niña era avispada y guapa como su madre, templada y valiente como su padre, meditaba a veces doña Justa, acordándose de su hijo y de su nuera. Su abuela le había enseñado a leer y a escribir, lo que nutrió todavía más la ávida curiosidad de la niña por todo lo que se ponía a su alcance, incluido el exótico acento del inglés y su increíble mascota, que corría detrás de los palitos que la niña le lanzaba.

Mientras Macarena jugaba con el grifo, Thomas llenó con el cubo el cántaro de su abuela, se lo dejó en la entrada de la casa y solicitó el permiso de doña Justa para recogerles el agua a partir de ese mismo día.

CADA TRES SEMANAS EL INGLÉS TOMABA PRESTADOS EL CARRO Y EL MULO DE DOÑA JUSTA para subir hasta Sevilla, circunstancia que usualmente la anciana aprovechaba para hacerle algún encargo de telas. Thomas conocía una imprenta en Sevilla donde se vendían las novedades de libros que llegaban a España, incluidos los tratados de fauna y de botánica que tanto le

interesaban. La imprenta estaba ubicada cerca de una plaza con una fuente de cuatro caños con cabezas de león, que según les daba el sol parecían monos caretos o dragones de la China.

Un día de mucho calor en el que el grifo no estaba por la labor de buscar y traer palitos, Macarena quiso ir con el inglés a Sevilla. Camino de la imprenta frenaron el carro en la plaza para refrescarse las cabezas y que el mulo bebiera en la fuente. Parado junto al porche de una taberna había un carromato del que bajaron unos soldados franceses con una tinaja; se sentaron en una mesa del exterior y comenzaron a meter sus propias tazas en la tinaja para servirse agua.

—¿Por qué hacen eso, si hay una fuente aquí mismo?—, preguntó Macarena pasándole al inglés el pañuelo que llevaba puesto en la cabeza.

—Es agua filtrada—, respondió Thomas colocándose su sombrero humedecido, mientras sumergía el pañuelo de la niña en el abrevadero, evitando los excrementos de dudosa procedencia que flotaban en la superficie. —Con esponjas y paños cuelan los sedimentos del agua. Igual que se hace con el café o las infusiones.

—¿Es agua limpia?—, preguntó Macarena, a la que tampoco le había pasado desapercibida la suciedad del agua de la fuente.

—Ajá—, respondió el inglés, sacudiendo el pañuelo de la niña antes de devolvérselo.

Saciada la sed del mulo, dejaron atrás la plaza con los gabachos y arrearon hasta la imprenta. Thomas compró un par de libros: uno para él, sobre mamíferos marinos, y otro para la niña, de animalitos que hablaban.

Ya de vuelta en el pueblo, el sofocante calor había remitido con el atardecer. Thomas dejó a Macarena con doña Justa, que la esperaba en la puerta con la cena preparada y recriminándoles la tardanza. El inglés se excusó por la hora, bajó del carro, le entregó unas telas a la anciana y se marchó con su nuevo libro a casa.

El grifo le recibió moviendo la cola efusivamente, revolcándose por el suelo de la entrada y agitando sus pequeñas alas. Thomas le rascó las plumas de la cabeza; apenas había comido del cuenco de restos de pollo, pero el del agua estaba casi vacío. Cogió la jarra de la cocina, se lo llenó al animal y para él se sirvió dos vasos seguidos.

Después del último trago de agua, Thomas decidió dar un paseo antes de que anocheciera del todo. Entre los olivos se acordó de los soldados franceses en la plaza y pensó en John, uno de sus amigos escoceses, que hacía muy poco había diseñado un sistema de filtrado para una fábrica de blanqueo, que ahora abastecía de agua potable a una ciudad entera cerca de Glasgow. También el sistema de rosca para las cañerías que Erasmus y él habían inventado estaba instalándose ya en viviendas particulares del Reino Unido, según las últimas noticias que le habían llegado por carta.

A pesar de que Thomas no lo supiera entonces, Sevilla tendría que esperar unas décadas más para empezar a limpiar sus aguas públicas e implantar una red de abastecimiento a los hogares. Lo que sí que sabía Thomas era que, ahora que el grifo ya había crecido lo suficiente, su regreso a Londres era inminente. Y pensó en doña Justa, demasiado

mayor para sacar ella sola el agua del pozo; y en su nieta, todavía muy joven para encargarse de tan pesada tarea.

<<EL SUEÑO DEL GRIFO ES TAN DELICADO COMO LA PLUMA DE UN FAISÁN>>, le había dicho en una ocasión Thomas a Macarena. Aunque la niña no acabó de entender muy bien lo que el inglés había querido decirle con eso, la frase le hizo tanta gracia que la recordaría durante el resto de su vida. En realidad, el dragón de Thomas se dormía durante largas horas hecho una bola de plumas en cualquier rincón de dentro o fuera de la vivienda. Incluso cuando ella y el inglés pasaban la tarde entera leyendo juntos, el animal permanecía debajo de la mesa sin inmutarse.

Desde que Thomas le regalara el libro de fábulas, a Macarena le entusiasmaba leer acompañada del inglés. A diferencia de en casa de su abuela, que siempre estaba hablando sola o haciendo ruido con los pucheros, en la del inglés solamente se escuchaba la voz del que leía y, a lo sumo, el ronroneo de la mascota. Macarena pronunciaba con claridad y muy buena entonación cada frase de su libro. Cuando ella terminaba una de las fábulas, Thomas le leía pasajes breves de algunos de sus libros extranjeros, que le traducía sobre la marcha.

Una tarde, después de terminar su sesión de lectura, Macarena se fijó en el libro de bolsillo donde Thomas tomaba sus apuntes. El inglés se lo había dejado abierto sobre la mesa. En él había un boceto a doble página de una estructura con poleas colgando y lo que parecía un molinillo de viento del revés.

—¿Qué es?—, preguntó la niña.

—Es una versión mejorada del pozo de tu abuela—, respondió él, empujando con el dedo corazón sus quevedos, que se habían resbalado por su nariz.

—¿El pozo de mi abuela?—, se sorprendió Macarena, abriendo los ojos todo cuanto pudo para encontrarle al dibujo del inglés algún parecido con el pozo.

—Sí. Mira—, le explicó girando el libro hacia ella para que pudiera verlo de frente—. Este es el pozo. Y esto—, le dijo colocando el dedo índice sobre la página de la izquierda —son unas poleas que se activan con este molino—, le señaló pasando el dedo a la página derecha. —Cuando sople el viento se moverán las aspas del molino y el agua del pozo subirá hasta este depósito donde se irá almacenando.

—Entonces es como una fuente—, dedujo Macarena.

—Sí pero no...—, trató de aclararle a la niña, que continuó hablando ensimismada en el dibujo:

—A mi abuela le va a encantar. ¿Lo has inventado tú solo?—, preguntó Macarena, despegando al fin sus ojos del libro.

—Nadie inventa nada solo—, le respondió a la niña con un poso de melancolía detrás de sus lentes. —En realidad todos partimos de lo que antes han inventado otras personas para nosotros—, concluyó a sabiendas de que a Erasmus bien se le hubiera podido ocurrir también esa frase.

AL DÍA SIGUIENTE, TRAS SACAR UN PAR DE CUBOS DEL POZO y llenar los cántaros de él y de sus vecinas, Thomas habló con doña Justa en un aparte. Pensaba haber esperado a darle una vuelta más en su cabeza al invento, pero era consciente de que la niña, que estaba jugando al palito con el grifo, ya se lo habría contado a su abuela.

—Luego subiré a Sevilla. Así que, si usted está de acuerdo, yo podría comprar los materiales para la obra y empezarla mañana mismo.

—¿Abuela, me dejas ir con él?—, preguntó la niña a lo lejos.

—¡¿Pero tú no estabas enredando con el dragón ese?!—le reprendió doña Justa a su nieta. —Sea—, le dijo al inglés en voz baja. —Pero como me destroce el pozo y me deje sin agua daré aviso al cuartel de los gabachos.

—Tranquila, doña Justa, que no es para tanto la cosa.

—Me fío de su palabra—, manifestó la anciana. —Solo una cosa más: hágame el favor de no traerme a la niña tan tarde, que luego no hay quien la levante por la mañana. Y ya que va, cómpreme una cajita de alfileres, hilo blanco y una tela sufrida para hacerle un vestido a Macarena.

* * *

De nuevo el inglés y la niña subieron a Sevilla con el carro tirado por el mulo. Primero fueron a una mercería, después visitaron un par de almacenes de albañilería y por último se pasaron a saludar por la imprenta, ya sin tiempo de hojear las novedades. Con el carro pertrechado de aparejos y el paso del mulo más cachazudo que a la ida, cruzaron muy despacio la plaza de la fuente antes de volver al pueblo.

—¿La nuestra tendrá el agua limpia?—, le preguntó Macarena.

—¿Disculpa?—, le dijo el inglés, que no entendía a qué se refería la niña.

—Que si la fuente que vas a construir tendrá el agua igual de limpia que la que bebemos del pozo o estará igual de sucia que esta—, concretó la pequeña, enarcando las cejas hacia el abrevadero, más descuidado si cabía que la vez anterior.

—Por supuesto que el agua de tu abuela seguirá estando igual de limpia y potable. Descuida—, respondió él sin explicaciones, más preocupado por arrear el paso del mulo que por los tecnicismos y detalles de su ingenioso invento.

EL GRIFO, CANSADO DE HUSMEAR ENTRE LOS MATERIALES DE LA OBRA, SE HABÍA TUMBADO bajo uno de los olivos. Entre tanto, Macarena le iba pasando las herramientas a Thomas, que silbaba, con dudosa afinación, una melodía escocesa. Sus quevedos y su pelo se habían manchado de polvo, lo mismo que sus pantalones y su camisa remangada.

—Zomas—, reclamó Macarena la atención del inglés, afanado en la tarea de rematar las paredes del depósito anejo al pozo de piedra.

—Dime—, contestó él mientras colocaba con cuidado la última hilera de adobes.

—¿Por qué el agua del pozo sale limpia y la de la fuente está tan sucia?

—Si me acercas el vaso, te lo cuento—, le pidió a la niña, que le pasó al inglés el vaso vacío que tenía a su lado. Thomas se sentó en el suelo con las rodillas flexionadas, apoyó su espalda contra la pared del pozo y se sirvió del cubo. Tras beberse el vaso entero, lavar concienzudamente sus lentes y mojarse la cara con el resto del agua del cubo, se puso de nuevo en pie, ante la atenta mirada de Macarena. —El agua de este pozo nace de la profundidad de la tierra—, comenzó a explicar señalando hacia el fondo —y ha sido filtrada de modo natural a través de las arcillas y las rocas porosas que ha tenido que atravesar hasta llegar a aquí—, continuó extendiendo su brazo hacia el horizonte para acabar señalando el mismo punto. —En cambio, el agua que has visto estos días en la fuente sale sucia porque baja del río donde todo el mundo echa sus excrementos y basuras, y de ahí va directa por las cañerías que hay debajo de la ciudad, sin que la Madre Naturaleza haya hecho su trabajo.

—Por eso los gabachos la filtran con paños...—dedujo muy ufana Macarena con un chasquido de dedos.

—Por eso y porque son unos finolis—, añadió el inglés, provocando la risa, primero de la niña e inmediatamente de ambos.

—¿Y si compramos un paño muy grande y lo ponemos en el río al principio de las cañerías para que todas las personas tengan agua limpia?!—, propuso llena de excitación Macarena.

—Eso es lo que han hecho en una ciudad de Escocia, más o menos... ¿Tú sabes dónde está Escocia, Macarena?—. La niña negó con la cabeza. —Bueno da lo mismo: mucho más arriba en el mapa que Sevilla, y más todavía que Londres...

Doña Justa, que había estado cosiendo el vestido para su nieta, se asomó por una de las ventanas de la casa, interrumpiendo la conversación y despertando el plácido sueño del grifo:

—¿Ha terminado ya, míster Zomas?!

—¡Prácticamente! ¡Solo me queda enganchar el molino a las poleas y esperar a que el viento haga el resto del trabajo!

—Muy bien. Pues vaya recogiendo todos esos trastos, que hoy le invito a cenar—, dijo doña Justa, desapareciendo por la ventana.

—Vas a irte en cuanto acabes de arreglarle el pozo a mi abuela, ¿verdad?—, le preguntó Macarena, con ese poso de tristeza en los ojos que Thomas tan bien entendía.

El inglés se arrodilló junto a la niña, la cogió de las manos y le dijo:

—Tu abuela te enseñó a leer y a escribir. Así que seguiremos hablando por carta. Yo te daré mi dirección para que me escribas. Y cuando vaya a pasar por España, te avisaré para quedar contigo y con tu abuela. Desde Londres hasta Sevilla no hay tanta distancia como si tuviera que irme a Escocia.

Macarena asintió más tranquila y le dio un abrazo a Thomas.

SOPLABA UN LIGERO VIENTO, LAS ASPAS DEL MOLINO GIRABAN PEREZOSAMENTE. Habían pasado unos días y del caño que salía del pozo brotaba un chorro de agua limpia y cristalina. La bomba de sogá funcionaba perfectamente.

—Te ha quedado muy bonita—, felicitó al inglés la niña, que lucía el vestido que le había terminado de arreglar su abuela.

—Tu vestido también es muy bonito.

—¿Qué le estás poniendo al caño de la fuente?—, le preguntó Macarena.

—No es una fuente, exactamente—, le dijo Thomas, que acababa de colocar una extraña pieza en el caño, por el que había dejado de correr el agua. —¿Ves esto? Es un sistema de rosca que regula el paso de agua. Dile a tu abuela que salga. Quiero que esto lo veáis las dos juntas—, le pidió guiñándole un ojo a Macarena.

Animada por la expectación, Macarena echó una carrera hasta la casa y salió de ella tirando de la manga de doña Justa, que traía el cántaro en el otro brazo.

—No me diga que después de todo el estropicio que ha montado, la dichosa fuente no funciona—, refunfuñó doña Justa ante una fuente aparentemente seca. —¿No me habrá secado el pozo tanto picar y poner ladrillo?!—, exclamó alarmada, dejando el cántaro junto al cubo de madera y llevándose las manos a la cabeza.

—Doña Justa, pare de gruñir y acérquese aquí—, le pidió el inglés, en cuclillas junto al caño, mientras limpiaba sus lentes con un pañuelo.

—¡Seca! ¡La fuente está seca!—, continuó la anciana en su propio desespero. —¿A que va ser cosa de esos franceses impíos? Hace años hubo una sequía tan gorda que tuvimos que hacer una rogativa para que lloviera. ¡Ay, Jesús! No sé si el cabildo dará su permiso para sacar esta vez a la virgen y que suelte el agua que ha encerrado usted en este invento del diablo—, dijo santiguándose del espanto que le había sobrevenido.

—Mire—, llamó su atención Thomas, poniendo el cubo bajo el caño y girando la rosca del artilugio que le había colocado: comenzó a brotar un chorrito de agua, que aumentaba o disminuía en intensidad, según se girase hacia uno u otro lado la rosca del aparato. Doña Justa se quedó boquiabierta y como si le hubieran comido la lengua, a la par que Macarena empezó a dar saltos de alegría y alababa el ingenio del inglés—. ¿Ve, doña Justa?—, dijo cerrando la rosca. —Esta es la forma racional de obtener agua cómodamente, y no sacar a pasear a la virgen.

—¡A callar!—, le ordenó la anciana. —Que usted tiene un perro contrahecho al que todos llamamos dragón para darle gusto y nadie le dice nada. Hasta los párvulos saben que los dragones no existen. ¡Eso sí que es poco racional!

—¿Y cómo se llama la rosca?—, preguntó Macarena, que ya se había puesto a investigar por su cuenta, girándola hacia un lado y otro, hipnotizada por el fluir variable del agua.

—¡Grifo! ¡Se llama grifo!—, gritó con determinación Thomas, corrigiendo de una vez por todas a doña Justa y despejando cualquier duda de su nieta al respecto.

Epílogo

LA ANCIANA, QUE SE ENCONTRABA ENTRE EL GENTÍO CON SU NIETA, estrenaba traje y sombrero para la ocasión. La niña se quejaba de no enterarse bien de lo que pasaba y tenía muchas ganas de volver ya a casa. La Reina Madre, que había concedido a la ciudad el título de Invicta, estaba a punto de inaugurar las obras que abastecerían de agua potable a todos los hogares de Sevilla. Una compañía inglesa era la concesionaria. <<Donde quiera que esté Zomas, hoy se sentirá feliz de ver esto desde el cielo>>, pensó la anciana al filtrarse los recuerdos de su niñez en su memoria, sabedora de que de los tiempos modernos tiraba una locomotora imparable.

* * *

Ya de vuelta en casa, Macarena repasó con su nieta las cartas de Thomas, que tenía guardadas en una caja. En una de las más recientes el inglés le contaba con gran entusiasmo que unos inversores británicos estaban decididos a <<poner un paño muy grande en el Guadalquivir>>.

La niña cogió la última de todas, fechada hacía diez años. La desplegó y leyó el pie de firma: era de uno de los nietos de Erasmus, comunicándole a Macarena que Thomas había fallecido. Once meses atrás la prensa del mundo entero, incluida la española, se había hecho eco de la muerte del afamado remitente.

—Abuela, ¿seguro que esta es de Charles Darwin, el nieto de Erasmus?—, preguntó la niña sosteniéndola frente a la anciana mirada de Macarena.

—Seguro.

—¿Y es verdad que venimos del mono?

—Vete a saber. Cosas más raras se han visto.

—¿Y lo de Thomas y el invento del grifo también es cierto, abuela?

—Depende de a qué te refieras...—contestó Macarena, fatigada de andar fuera de casa todo el día—. ¿Sabías que hay animales que hablan como tú y como yo?

Recogió las cartas en la caja, acompañó a su nieta a la cama y le leyó una fábula de Esopo antes de cerrar la llave del quinqué. Luego fue a la cocina, abrió un grifo imaginario, se tomó un vaso de agua y se retiró a su habitación.

En algún lugar de sus sueños, un animal con pico aguileño, plumas doradas y cola de

león brincaba de alegría al recibirla una noche más junto al pozo de un olivar.

YA

Las manos atadas al volante y los pies a la palanca del acelerador calcándolo para que el coche salga despedido hasta el borde del acantilado y más allá qué marcha habrán dejado la primera así que espero que no coja mucha velocidad que se pare con algo que choque contra no sé una roca o un árbol quién me mandaría a mí y mírame ahora pensando en que aún puedo parar el coche puede que sea así me digo a mí mismo tratando de convencerme pero al final no y parece que el camino se acaba y lo hace mientras voy por el aire nada debajo de las ruedas de mi propio coche que parece que vuela durante estos instantes que piensan lo que te quiero y que a veces te decía que era más antes pero no es verdad no sé por qué mentía pero ahora es más y veo la barriga blanca de mi madre y me pregunta que si quiero un poco más de leche como si le pudiera responder el coche está en el aire y yo en el aire atado y empiezo un padre nuestro con sólo tres palabras que se quedan en este aire que no sé de quién es pero en el que estoy y no sé qué va a pasar y el coche choca con el agua y nada estalla como esperaba y hay algo que me duele y de pronto es la cabeza no lo sé muy bien porque ahora creo que lo que más me duele es la espalda y nunca me dolió pero ahora me mata a lo mejor ya lo ha hecho pero no porque pienso y supongo que después no se puede pensar aunque no lo sé pero yo nunca he creído en nada ahora es un buen momento aunque hay poco tiempo pero si fuera posible que hubiera algo y valiera con pensarlo así en el último momento y todo quedara reducido a esto que es lo que tengo ahora y cada vez voy más rápido y de lo que más me arrepiento es de no haberte escuchado cuando me decías que podía ser peligroso y no te hacía caso porque casi nunca pienso que algo pueda tener peligro y es que soy muy confiado como cuando confié en que no me engañabas aunque era algo que ya había pasado y no tenía importancia pero no lo decía en serio y ahora sí que sé que no la tenía y veo que la ventanilla del otro asiento no estaba subida hasta arriba supongo que lo habrán preparado todo y yo que creía que algo así no podía suceder porque lo había visto en el cine y esas cosas luego no pasan o eso creía hasta hoy que mira cómo me veo por mi mala cabeza que parece que esté oyendo a mi abuela cuando me llamaba para merendar para luego reñirme y si no me reñía me sabía mejor la merienda que cuando lo hacía y no sé si será peor que esté la ventanilla un poco abierta porque ya no sabré cómo sería estar en el coche y en el agua con la ventanilla cerrada y si el aire ya no es el que era esta misma mañana en que el agua no me llegaba por la cintura como ahora me llega y va bastante rápido y no sé cuánto tiempo tardará en llenarse con lo que me gustaba conocer cosas sobre todo cuando viajaba contigo y parecía que cambiaba y tenía más ganas de estar vivo y pensaba cómo viviríamos en cada pueblo en cada ciudad porque en cada sitio todo sería distinto y tú y yo lo seríamos también y la lluvia de meteoritos fue una decepción muy grande ya lo sé pero no tenía que haberle dicho nada a papá que ninguna culpa tenía que lo hizo por mí y además mis amigos pensaban que era el mejor y parece que he esperado ahora para darme cuenta de todo agua tanta agua que ya me llega al

cuello y que no me queda tiempo y grito por última vez que hoy he gritado mucho pero ya es la última porque no va a tardar mucho el agua en taparme la boca a algunos les gustaría verme así tan callado aunque a lo mejor no les gustaría lo de después pero bueno siempre habrá alguno que sí quién sabe y quién me mandaba a mí meterme a intentar una estafa que aunque se dediquen al juego con ellos no se juega mira que me lo decías y yo venga a mirar para otro lado y ahora no voy a tener dónde mirar y también me decías que los del juego eran los mismos que los de la droga y eso les hace más peligrosos y yo tan ingenuo como siempre y los que lo somos siempre acabamos mal ya lo dicen hasta los libros se me pasan unas fotos por la cabeza la sonrisa de mi sobrina aquel día que protesté por la comida y no supe lo que te molestó y también paseando por Florencia viendo la otra parte del arte que tanto nos gustaba ver otra el día que aquel niño cruel dijo que yo era un pringado y será que los niños dicen las verdades porque fíjate ahora el agua me tapa la boca y se acerca a mi nariz qué rápida va la cosa y me estiro lo que puedo aunque la espalda me duela tanto y tiro más del cuello porque esto ya es estar respirando mal y Dios lo que me espera otro padre nuestro que empiezo y sólo digo unas palabras y esto tampoco valdrá de nada supongo y ahora noto que el agua está salada porque no lo sabía y podía estar en un río aunque por aquí no creo que los haya porque todo es mar y todo es ría y por qué será salada también el agua de la ría si aún no ha llegado al mar y llega como la de un río por más que me estiro ya va a llegar el agua a taparme también la nariz me pregunto cuánto tiempo podré aguantar así en aquella película japonesa metían a uno con un gancho dentro del agua dos minutos como de prueba y nada y después porque querían dar ejemplo a otras bandas dijeron de meterlo cinco minutos y ya lo sacaron muerto aunque estaban los dos minutos de antes así que serán entre tres y siete y yo que sé cómo se me harán, cómo se me pasarán si igual que fuera de aquí o dentro de este agua será diferente aunque diferencias también las hay fuera porque no son lo mismo cinco minutos de los de aburrirse que cinco minutos de placer tú y yo juntos y por más estirado que esté ya llega el agua por encima de mi nariz y tomo aire como cuando quería hacerme un largo de la piscina buceando y luego lo soltaba dentro del agua y así aguantaba más y ahora sí que ha empezado la cuenta atrás pero yo no sé el tiempo que pasa ni el que va a pasar pero mi cabeza va más rápido y veo todo dentro de ella como si estuviera pasando ahora mismo como si lo estuviera viviendo y te veo a ti que estás con mis hermanos pero mis hermanos están como cuando eran pequeños y tú no tú estás igual que ayer cuando te fuiste a tomar algo con tus amigas y yo aproveché para ir donde el casino y coger lo que creía que no se iba a notar porque era de lo que le habían quitado a los clientes y fíjate tú si lo notaron y lo notaron rápido y que en un solo día se cobran la deuda y no me podía conformar como estaba que bien mirado no estaba tan mal y ahora pienso que se necesita menos de lo que creía para vivir y vivir bien pero también pensaba en ti y en que estuvieras más contenta que no voy a verte más y con tanta agua no sé si estoy llorando puede que sí y también quiero gritar pero si lo hago me entrará agua y perderé más aire y aire es ahora lo que necesito trato de mover las manos y los pies y a lo mejor ahora que parece que se puede pero al final no y sigo como estaba con agua y sin aire y si sueño que soy un pez y puedo estar lo que quiera en el agua pero no da resultado porque

todo va muy rápido en mi cabeza y los sueños no caben entre tanta foto porque hay fotos de todos casi todo el tiempo estás tú mi amor y después hay otras de mis padres algunas que nunca vi y que no sé de dónde han salido y en las que están muy jóvenes y muy guapos y están mis abuelos y mis hermanos y amigos algunos que no lo son pero que lo fueron y ahora siento que lo son ahora también y todas las fotos me miran y parece que me acompañan como si me estuvieran viendo a lo mejor es así mi funeral y por eso lo estoy viendo como si fuera ya el día y puede ser que lo esté viendo porque esté fuera del agua y uno siga viendo lo que pasa aunque ya no respire más